Arturo Bellocq y Francisco Insa. *Historia de la moral cristiana. Escritura, tradición y reflexión teológica*. EUNSA, 2026, 518 pp. ISBN: 978-84-313-4100-8.

Esta monumental monografía señalará un hito en la historia reciente para la comprensión y análisis adecuados de la ciencia moral. El libro se divide en tres partes: a) primera parte: fuentes de la teología moral; b) segunda parte: historia de la teología moral desde el siglo VIII al siglo XIX; c) tercera parte: la teología moral en los siglos XX y XXI. Estas tres partes van precedidas de una presentación donde los autores nos introducen en el porqué del estudio de la teología moral, una definición de la moral, una justificación del estudio histórico de la teología moral y, por último, una breve descripción de la estructura del libro. Hay que subrayar, ya desde el inicio, el esfuerzo sintético por parte de los autores donde mostrando los aspectos escriturísticos y de la tradición ofrecen una reflexión teológica desde las primeras páginas del libro. Desde sus respectivos enfoques, presentan una visión no solo descriptiva, sino que apuntan los límites de los diversos desarrollos, muchas veces condicionados por el decurso de la historia. Igualmente cabe señalar, como aspecto general, el mérito estilístico, que no parece estar escrito por dos autores sino por dos manos.

La historia de la moral cristiana es la historia de la respuesta del ser humano al Dios trinitario que se revela siempre. Una respuesta falible, débil, limitada, encarnada, histórica, compleja, que busca a través del misterio de la acción responder a alguien que llama, que busca, que se entrega, que ama en definitiva. Nuestros autores nos crean una atmósfera que nos impulsa a conocer elementos de esta respuesta que desde la primera hora de la fe es siempre distinta y nueva. Las primeras páginas del libro es la salida de un viaje de más de 2000 años que nos llevará por distintas etapas, diez y ocho capítulos, que nos describirán los diversos intentos de esta respuesta del hombre a este Dios personal que hace nuevas todas las cosas, y sobre todo hace nuevo al hombre. Un viaje que se inicia en el Antiguo Testamento, con sus acentos y particularidades que progresivamente guían al lector a comprender en plenitud el mensaje moral de Jesús. Un mensaje con la dramaticidad de la paradoja: seguimiento-fidelidad-rechazo, individuo y cooperación, perfección-pecado, escatología-inmanencia, actitud-elección, totalidad-singularidad. Se vislumbra ya desde el inicio que la novedad que Jesús manifiesta es la cifra del amor. Este amor declinado en las formas de eros y de ágape se encuentra como fuente y origen de esta aventura responsorial que el texto apunta. Al mismo tiempo, Bellocq incoa, ya desde el inicio, un tratamiento

especular durante todo el recorrido del viaje, es decir, su particular preferencia hermenéutica, consistente en profundizar en el orden de la razón y en la verdad del bien como objetivos práxicos que se plenificarán con el organismo de las virtudes y que se integrarán plenamente con la iniciativa de Dios para con el hombre. Al final de la conclusión de esta primera parte, tras describir la moral paulina, el texto nos habla de la vida nueva en Cristo, como novedad ontológica surgida por el bautismo y que se concretizará existencialmente en la construcción de un seguimiento filial ante una llamada y configuración nuevas.

El siguiente paso es el análisis histórico en los santos padres, donde Bellocq va a diferenciar entre los padres occidentales y los padres orientales enucleando los mensajes morales de ambos grupos. Trata de una manera más extensa, el análisis moral ofrecido por el doctor de la Gracia, en gran parte, desplegado en sus obras polémicas, pero concentrado especialmente en la gran síntesis moral que aparece en *La Ciudad de Dios*.

En toda esta parte de la Patrística, se detalla la importancia de la Escritura como fuente de la teología moral. El mensaje central es la necesidad de siempre de volver a las fuentes, que a lo largo del tiempo se irá desvaneciendo, subrayando como la descripción de la moral del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento, así como la lectura en la primera hora del cristianismo centrada en la época de los Padres, ofrecen una luz fundamental, no solamente para conocer los inicios de la historia de la moral cristiana, sino la necesidad de que sean una fuente permanente en el desarrollo de esta ciencia. La conclusión de la primera parte, se materializa de una manera especial en la moral de San Agustín a partir de la página 137 hasta la conclusión de la gran síntesis de *La Ciudad de Dios* en las páginas 149-155, donde San Agustín, en el contexto de las controversias permanentes que tuvo que afrontar en su ministerio, ofrece como la dinámica del amor enraizado en la Escritura, será una novedad ya desde la primera hora como fuente de la moral.

La segunda parte del libro, historia de la teología moral desde el siglo VIII al siglo XIX constituye la parte central del libro desarrollándose desde la página 159 a la página 319, realizada por F. Insa, donde el autor ofrece los desarrollos de la teología de la Alta Edad Media que va desgranando por los distintos autores, ciertamente con grandes esfuerzos sintéticos, pero con una gran claridad de exposición hasta los albores de la edad contemporánea. El autor, además de conocer en profundidad y sintetizar con acierto las problemáticas de la época, señala los matices y las causas históricas que condicionaron los desarrollos teológicos. Igualmente, desea, ante todo, subrayar la unidad presente en el estudio de la teología

durante la Escolástica en general y en la moral de Santo Tomás de Aquino en particular, señalando como un periodo especialmente fecundo en el desarrollo de la teología moral. El autor irá presentando la novedad, las ventajas, los límites, del método escolástico en el tratamiento científico de la vida moral en el contexto del nacimiento de las universidades. Igualmente, el intento de formar al clero regular en un periodo histórico no exento de conflictos, amenazas y divisiones. Es la coyuntura en la que se desarrollaron las grandes síntesis de la teología medieval. Destaca en el capítulo séptimo, el esplendor de la escolástica en París donde la novedad del pensamiento generado y encarnado por las órdenes mendicantes supuso una novedad en la historia de la teología moral. Figuras como Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura y Juan Escoto son analizadas con rigor.

Llegamos al capítulo octavo titulado: la Escolástica tardía, donde destaca la figura de Guillermo de Occam, en las antípodas de las presentaciones tomistas y que pondrá las bases del tratamiento de la moral del deber y de la ley, con sus planteamientos problemáticos y novedosos en relación al paradigma de las virtudes subrayadas con diferentes intensidades en la época inmediatamente anterior. En efecto, el misterio de la libertad por parte del nominalismo y del occamismo, se reducirá a una mera aplicación o respuesta mecánica al cumplimiento de la ley, expresión última de la voluntad de Dios y descuidando el primado central de la razón que en toda la Escolástica en general y en la moral de Santo Tomás, en particular, había tenido un papel basilar. Los efectos deletéreos de este cambio revolucionario no tardarían en llegar constituyendo la base del planteamiento moral luterano. Lutero heredó de la teología occamista la separación entre ciencia moral positiva y no positiva: la segunda era una ética natural racional para conseguir el bien en este mundo y se identificaba claramente con la ética nicomaquea; la primera, en cambio, sería la ética de los mandamientos divinos positivos, impuestos por Dios como requisito para la salvación eterna. Por lo tanto, la primera, a diferencia de la segunda, asegura la rectitud del alma ante Dios. Pero Lutero modificó esta separación heredada del occamismo como consecuencia de su doctrina acerca de la justificación del pecador mediante la fe. Esta doctrina implicaba una separación entre la persona y sus actos y este divorcio llevó a modificar tanto la ética de los mandamientos divinos como la ética natural. Por otro lado, el libro señala a estas alturas, la fractura que se originará en la Escolástica tardía y en las repercusiones seculares que la fragmentación de la ciencia teológica originó en el panorama de la ciencia moral. En efecto, nuestros autores señalan en el periodo escolástico la unidad de la teología y cómo se inicia en la tarda Edad Media esta fragmentación entre la dogmática y la moral, donde se reduciría la moral al

análisis descriptivo de las acciones del hombre desligadas en mayor o en menor medida del misterio de Dios. Quizá sea éste uno de los mayores y graves dramas que nuestros autores señalan de una manera adecuada en todo el recorrido histórico de la moral. Esta especie de divorcio entre el misterio de Dios y la acción del hombre, condicionado por problemas y cuestiones originadas por la reforma protestante, en este contexto, llevó a la moral católica a concentrarse en la resolución de casos de conciencia, como expresión tangible del legalismo voluntarista y del nominalismo de finales de la Edad Media. Permanecería esta perspectiva en el desarrollo de la ciencia moral durante varios siglos, si bien con matices. El planteamiento unitario se rompió para siempre.

Frente a este desafío colosal que supuso la Reforma en el interior de la Iglesia, el concilio de Trento, y en su contexto eclesial con la fundación de órdenes nuevas religiosas, no ya mendicantes, sino como la Compañía de Jesús, se inició lo que se describe en el libro como la Manualística, un método de urgencia pedagógico en la enseñanza en las universidades y en los seminarios como ingrediente central de la Contrarreforma frente a la herejía luterana. Eso sí, el precio que hubo que pagar fue la fractura de la unidad de la teología y de ofrecer a través de la casuística, soluciones concretas e inmediatas, partiendo de la objetividad de la ley frente al subjetivismo luterano. Con ello se focalizará y se reducirá la moral al trinomio: ley-conciencia-deber, al margen del orden de la razón y del organismo de las virtudes, desarrollado sobre todo en la moral de Santo Tomás. El papel de la gracia sería auxiliar y no fundante. Por otro lado, este periodo de la Segunda Escolástica no supuso un retorno a la unidad de la teología, sino más bien lo contrario, un deseo pragmático e inmediato de adecuar el acto moral a la ley y a lo debido y no al fin último y a lo bueno. Es ajeno en todo este extenso periodo histórico el planteamiento eudaimónico, ya que todo queda reducido a la adecuación entre la acción y la ley, que es lo único que nos asegura nuestra unión con Dios, según estos autores. En este sentido, continúa el libro narrando la aparición de los sistemas morales, como continuación del reduccionismo práctico, condicionado por los dos extremos: el laxismo y el rigorismo. Esta metodología y visión fueron las aplicadas en las enseñanzas para los futuros candidatos al sacerdocio, donde se coagularon las fracturas entre la teología y la casuística. Figura señera del periodo fue el santo obispo Alfonso María de Ligorio, que intentó una síntesis intermedia entre ambas posturas extremas.

De particular importancia señalo las últimas páginas de esta larga segunda parte donde se nos habla de los inicios de la renovación teológica ya en el siglo

XIX fundamentalmente en el contexto de la teología moral alemana, divididos en la primera mitad del siglo XIX y en la teología moral de la segunda mitad del siglo XIX como un intento de vuelta hacia las fuentes de la teología. Ciertamente, con los mimbres filosóficos de la época en esta nación centroeuropea, como el idealismo y el romanticismo, pero con un intento sano de volver a las fuentes de la moral.

Con estos condicionantes, se inicia la tercera parte con el tratamiento de la teología moral en los siglos XX y XXI desde la página 327 a la 479 dividida en ocho capítulos. Con todo el material diacrónico aportado resulta de especial brillante y luz. Igualmente, también en esta tercera parte, hay un consistente esfuerzo por mostrar los límites de las distintas escuelas y etapas, comparándolas con la opción elegida por el autor Bellocq, que creemos cercano a la recuperación de la moral clásica de Santo Tomás, con los enriquecimientos ulteriores de los estudios contemporáneos de la ética tomista, especialmente en autores como S. Pinckaers, G. Abbá, L. Melina, M. Rhonheimer, J. J. Pérez Soba, por señalar autores de diversas nacionalidades que han supuesto una novedad en estos últimos decenios a partir de las indicaciones conciliares, así como en los desarrollos y conclusiones de los recientes estudios tras la publicación de la *Veritatis Splendor*. Había florecido en el periodo postconciliar una nueva moral de corte autónomo y formal que se había extendido notablemente, llegando a ser predominante durante décadas en la enseñanza y en la aplicación de la vida moral en la comunidad cristiana. Bellocq señalará, con cierta crítica, los límites de algunos planteamientos contemporáneos donde el papel del orden de la razón y de la verdad sobre el bien están desigualmente presentes y donde hay fundamentalmente dos grandes grupos: la ética de la primera persona, que centra el protagonismo de la unión entre el misterio de la acción y la complejidad antropológica del ser humano, y la ética de la tercera persona, donde hay una separación entre los actos y la persona, reconfigurándose las fuentes de la moralidad, tanto en el segundo como en el primer planteamiento. Un problema, en el fondo, de raíz antropológica, que tendrá derivadas en el análisis adecuado o inadecuado de la acción humana. El magisterio reciente apuesta claramente por la ética de la primera persona, señalando en no pocos extremos las dificultades que se originan tanto en la moral personal como social, cuando disociamos la acción de la persona y desconfiguramos las fuentes de la moralidad, desvirtuando la relación entre objeto moral y fin moral. Un botón de muestra aparece en la página 471 del libro, donde el autor señala el revuelo mediático que supuso la declaración del Papa Benedicto XVI en su viaje a África, y donde, ante la pregunta de un periodista, el Pontífice alemán afirmó el recurso

al preservativo en ciertos contextos de salud. No se trataba de actos anticonceptivos, al estar fuera del contexto conyugal, sino que la intencionalidad básica del sujeto agente era preservar el bien fundamental de la vida del otro. También en este contexto delicado de la moral personal, quizá por la gran cantidad de argumentos afrontados, el autor señala en la página 356, hablando del problema demográfico y de los limitados recursos de la tierra, cómo se planteó la extensión y socialización de la anticoncepción, que se inició en un ambiente cristiano, como el de la Inglaterra del siglo XIX. Sin embargo, los herederos de Malthus -neomaltusianos-, no eran ciertamente ateos, como se afirma, sino que fundamentarán la anticoncepción en un utilitarismo filosófico y teológico para sostener su conducta anticonceptiva.

Solo nos queda felicitar a los autores por esta obra que facilitará la investigación y la docencia en los próximos años al ofrecer una adecuada síntesis de la moral cristiana.

Carlos Simón Vázquez
Universidad Pontificia de Salamanca